DR. J. B. DOD

RECUERDOS DE MIS VIAJES

◆

IMP. PEREZ SIERRA Y HNO.
AV. DE BELGICA 569
LA HABANA

AMERICAN FOUNDATION
FOR THE BLIND INC.

C. 1
HV 2017
D

DR. J. B. DOD

RECUERDOS DE MIS VIAJES

IMP. PEREZ SIERRA Y HNO.
AV. DE BELGICA 569
LA HABANA

Cuba

HV
2017
D
Cop. 1

Como homenaje a la privilegiada memoria del compañero de mi vida, hago imprimir sus RECUERDOS DE MIS VIAJES, escrito por él en Braille, para la Biblioteca de la "Fundación Varona Suárez", a los setenta y seis años.

FUNDACION DE BIBLIOTECAS PARTICULARES
RESEARCH INST. FOR THE BLIND

Prólogo

Quedé ciego a los sesenta años y en el auge de mi vida. Con anterioridad hice mi hogar y viajé desde las alturas de los Andes, a la más cultas naciones de Europa, conservando los más vivos recuerdos como estampas indelebles; aprendí radiotelegrafía que, amplió mis horizontes, y después, mecanografía y Braille, lo que me permite describir a mis amigos y compañeros ciegos, algo de lo mucho que he visto en el mundo.

Gracias a la señora Irrizarri, a quien debo el alfabeto y deseos de instruírme; era demasiada labor, mi mujer y mi voluntad, bastaron; tal vez mi buena amiga, contribuya a hacer legible este trabajo, si lo cree merecedor y conveniente para aquellos a quienes lo dedico y quisiera fuese recreo e instrucción en momentos de tristeza. Cumplo 77 años y poco me resta de vida útil.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN EVIAN.--(Francia)

En Mayo del año 1914 embarcamos en New York, con rumbo a Europa, en lujosa nave holandesa, en un mundo que parecía apacible, reinaba la felicidad para muchos. Una feliz travesía, nos conduce a Bologne Sur le Mer, en la costa de Francia, en el Canal de la Mancha, frente a Inglaterra. Con los viajeros del tren "Expreso de Oriente", de exóticos trajes, cruzamos el Canal, hasta Folkeston y entramos en rápido tren, pasando por verdes y bellas campiñas, nos colocó en el corazón de la Capital del más poderoso imperio que nunca existió. La Estación de Charingcross, abre a extenso terreno, rodeado de verjas, cambios de monedas por libras esterlinas, etc. Por gran portada de hierro salimos. El amplio espacio hacia la derecha, el Strand: calle paralela al río Támesis, barcos en plena actividad. Cercano por la izquierda, la famosa Plaza de Trafalgar, centro de actividad y de comunicaciones del West End, donde vive la aristocracia y Banca; lujosos establecimientos de todas clases; tomamos hotel frente a la Plaza. Por primera vez, escuché el carrillón de un templo cercano. En otro frente, la Galería de Artes, mirando hacia la Puerta del Almirantazgo, que abren, al sector de mansiones severas y centenarias. Para mí, todo nuevo y arcaico a la vez. Orden, limpieza, libertad sin límites, empleados del hotel, con uniformes y condecorados con vistosas medallas. No hay tranvías en el gran sector del West End, grandes ómnibus con imperial, mueven la masa humana por la urbe, como en las grandes ciudades europeas. Todo el tránsito aparta hacia la izquierda. Policías gigantes hay veces que llevan en brazos a dos niños al cruzar una calle; en las amplias aceras de pizarra, un mutilado, con creyones de colores hace un pastel o nuestros retratos en espera de una dádiva que no pide. Un viejo ciego ejecuta difíciles melodías en un instrumento de una sola cuerda; lujosos establecimientos pro-

veedores del Rey. La "Torre de Londres" prisión donde decapitaron famosas figuras del Reino. Los guardias no han cambiado de traje ni toques de clarín. En un ángulo, las joyas de la corona, en otro, los instrumentos de tortura. El Parlamento, la famosa Abadía, con sepulcros de hombres célebres en el mundo. Vimos carrozas reales en marcha, como tres siglos atrás. En los museos, no nos privan de la cámara, ni limitan el uso de ella; he retratado al centinela del Palacio Real, a sólo pocos pasos de distancia. Gratos recuerdos de la Gran Bretaña, país de cortesía, respeto y libertad, como no existe en tierra alguna. La segunda Guerra azotó, pero no modificará al pueblo inglés.

Con pena, dejamos a Inglaterra y cruzamos el Canal con gruesa mar. En Boulogne Sur Mer, abordamos el "Londres París Express", hermosos panoramas y campos cubiertos de flores silvestres, surcados por ríos y canales, granjas, manzanos en flor, aves de corral, gansos cuyas plumas se emplean en cómodas camas y sus hígados enfermos, en refinado manjar.

En el huerto de pobre iglesia, un cura con sotana remangada y azadón en mano, cultiva la tierra con amor, el mismo proceso en las estaciones del tren, no hay palmo de tierra, sin que rinda provecho. Yo pensaba en nuestra gran América, donde todo sobra, menos los hombres que sepan apreciar lo que en esta tierra tenemos sin gran esfuerzo. Llegamos al gran París; bella ciudad, serpenteada en parte por el Sena, embellecido por el hombre, elegantes puentes lo cruzan. Barcas con camas en cubierta, con flores en macetas y blancas cortinillas en ventanas, hacen tráfico con provincias y veloces lanchas, transportan miles de viajeros dentro de la Ciudad. El Intendente Hausman, embelleció la Ciudad. El Arco de Triunfo en la Plaza de la Estrella, es lugar de partida de los famosos boulevares de renombre mundial, bien merecido. París, bella Ciudad, sus bosques, museos, lugares históricos, no tienen rival. Así como las joyas y artículos femeninos, pero en cuanto al traje y trato de los hombres, me siento inglés, que es mi raza. No quedó lugar que dejara de ver y mis fuerzas se agotaban. En tren expreso, partimos hacia Suiza, entrando por Pontalier. Jamás vi espectáculo igual. El hombre y la Naturaleza, en competencia para dar lo mejor. Atardecía, llegamos al Hotel de Lausane, todo limpio y confortable, después de la cena, caí en la cama, para

despertar a la mañana siguiente por el trino de las calandrias en los jardines del propio Hotel; me encontraba en un vergel. La bella ciudad, enclavada en suelo montañoso, sus calles escalonadas y en tranvías funiculares, conduce al Barrio de Puchí, que le sirve de puerto en el lago de Geneef o Ginebra, uno de los más bellos del país, por el color azul pastel de sus aguas. El refinamiento se hace manifiesto, arte, ciencias, elegancia y honradez es la norma de conducta. Así es Suiza. En lo alto de un cerro, por medio de telescopio público y flecha indicadora, podemos ver la ribera francesa del lago. Castillos, picos nevados color violeta, hoteles y el famoso balneario de Evian, que más tarde sería nuestra memorable residencia al estallar la primera guerra mundial. Acudí a renombrado médico quien después de cuidadoso examen me dijo: "Sólo necesita reposo"; me aconsejó que cruzara el Lago. Que nos recomendaba un hotel pequeño, regido por un matrimonio suizo en edificio, que en otro tiempo fué castillo de gente noble, el ejercicio más violento sería la pesca, dormir mucho y las mayores distracciones, lo que sería fácil en un lugar donde acudían gente de todas partes del mundo. Evian, población francesa de calles escalonadas, centro de atracción por sus aguas y bellezas, desde las orillas del Lago a las cumbres de las montañas, preciosas villas y hoteles, matizan las laderas. La principal calle llamada Rue Royal, parte de un parque inglés y termina en una pequeña plaza que es del pueblo de pescadores que, aún viven en tiempos pasados, y en sus mercados libres, pueden verse mujeres tejiendo primorosos encajes; en el tramo de calle entre parque y aldea, encontramos sucursales de las grandes tiendas de París y gentes elegantes de todas las naciones del mundo, con sus típicos trajes, que van siendo cosas del pasado. A fines de Septiembre del año 1914, vivíamos en hotel familiar, cerca del embarcadero, parque y calle principal; llega la noticia de ser asesinado un príncipe austríaco, no sospechábamos las consecuencias, pero era visible la agitación de los residentes, conocedores de la política europea; la agitación que aumentaba al pasar los días y por millares abandonan el lugar, los más amenazados, el resto comentaba los graves hechos que con rapidez ocurrían; en nuestro hotel, sólo quedamos nosotros y una señora belga, en compañía de su madre enferma, las cuales aseguraban que su país sería invadido por los alemanes. El día 2 de agosto, Francia declaró la guerra; du-

rante toda la noche, escuchamos los acordes de la Marsellesa, coreados por los reclutas que marchaban a las filas.

La población se torna silenciosa, los pescadores amarran sus barcas, sólo se ven en las calles, mujeres, ancianos, niños y gente inútil para la guerra. En la Iglesia vieja de la aldea, sólo se escuchan murmullos de oración y sollozos provocados por las palabras de modesto sacerdote exhortando a los fieles, valor y resignación.

El Comisario llama a los extranjeros para su clasificación, proveyéndolos de documentos, para residir o salir del lugar, quedando detenidos aquellos sospechosos de espías; el cuestionario era minucioso y severo, nuestro trámite fué corto y sencillo: a falta de otro documento, al reverso de nuestra carta de crédito contra el Banco de Londres, escribió el Comisario: "se concede permiso a Mr. y Madame Dod, para permanecer en la alta Saboya, el tiempo que crean conveniente" y un documento de color azul, consignando el permiso; estos documentos tenían varios colores, de los cuales, uno significaba abandonar el país inmediatamente; varios días pasamos haciendo vida familiar con los dueños del Hotel y la señora belga con su madre enferma. La moneda de oro circulante, desapareció con rapidez; pagamos nuestra deuda en el hotel, partiendo hacia Montreaux, ciudad suiza de la ribera del mismo lago, al llegar, nos encontramos con sólo unos francos en el bolsillo y una carta de crédito que nada valía, ya que todos los bancos de Europa, habían declarado una moratoria general. Acostumbrados a viajar, resolvimos todos los inconvenientes y seguimos nuestro planeado recorrido, sin otros trastornos que los naturales de una situación anormal, que nos permitió presenciar eventos que se repitieron en la segunda guerra mundial con mayores gravedades. La famosa Agencia de Viajeros Thomas Cook and Son, nos proporcionó hoteles y alojamientos, cupones de comida y algún dinero, cargándolo a nuestra carta de crédito; ya tranquilos en estos particulares, visitamos en Montreaux, su famoso Castillo de Chillón y lugares de interés, la ciudad se encuentra asentada en una estrecha faja de terreno entre el lago y la montaña de corte casi vertical, que conduce a los Alpes berlineses. Ascendemos, admirando el espectáculo, obra de la Naturaleza y de los hombres para ponerla a nuestro alcance. En lo bajo, la ciudad se hace pequeña, y

vemos con amplitud las aguas del Lago Azul. Hacemos alto en una meseta, donde rodeados por flores alpinas, se encuentra un Observatorio Metereológico; apoyados en un pretil, vemos profundas grietas, cuyos fondos no alcanza la vista. Un guía alpino, provisto de un alpestoc y calzado por botas provistas de fuertes clavos en la suela, traspone el pretil y en un corte casi vertical de las rocas, desciende en busca de unas flores que habían llamado nuestra atención. Nuestro ánimo quedó en suspenso, en pocos minutos ponía en nuestras manos un ramo de flores, propias de la región, conocida con el nombre de "Eldelhueis". No estoy seguro si escribo el nombre correcto; las nubes corren ligeras y nos envuelven, restos de nieve del anterior invierno, se encuentran en los socavones de las rocas. Continuamos la marcha y ante nuestros ojos pasaban en sucesión, valles profundos y cultivados, atrevidos puentes, túneles con tramos abiertos y cortados en las rocas por donde podíamos contemplar paisajes grandiosos, en esta forma están construídos los ferrocarriles suizos, donde no siempre buscan el camino más fácil, sino el que presente a sus visitantes todas las bellezas de esa tierra, donde se trata al viajero con la mayor cortesía y honradez, por la educación de su pueblo y según propia confesión, éstos aportan al país una de las mayores fuentes de ingreso monetario.

INTERLAKEN.—Ciudad emplazada en estrecho valle; por un lado, lagos de limpias aguas, por el otro, la montaña, por cuyas faldas sigue la Ciudad aprovechando las mesetas para emplazamiento de hoteles y numerosos chalets, a los que se llega por tranvías, calles escalonadas y rampas de suaves declives. En las cumbres se encuentra un bosque, donde se reúnen todos los ejemplares de la flora del país. Su formación ha demorado más de un siglo. Desde la ciudad se contempla la enorme montaña con su pico nevado. El nombre es "Jung Frau", que significa "Joven mujer". Partimos en tranvía, a lo largo de un estrecho valle llamado Laute Brunem. En el fondo corre caudaloso río, alimentado por millares de manantiales que brotan de las faldas montañosas y que descienden en las formas más caprichosas, uno de ellos, enorme chorro brota a tal altura en plano vertical de la roca, el caudal de aguas se atomiza antes de llegar al suelo.. Un tranvía de cremallera espera al pie de la montaña, sin trepidaciones y con sus asientos siempre horizontales, suben

la empinada cuesta. Se detiene a intervalos de modo que el viajero se adapte al aire enrarecido por la altura. En estas estaciones nada falta para la comodidad de los viajeros. Sin que falten cámaras obscuras para el desarrollo de placas fotográficas... Debido al estado de guerra, sólo éramos tres los viajeros. Meses después el país se vió invadido por millares de extranjeros que allí encontraban paz, mientras que en los países vecinos, los hombres se mataban sin piedad. Al acercarnos a la cumbre y por la inclinación del suelo hacía imposible llegar al final, perforan la montaña y por túnel construído en forma de caracol, continúa el ascenso hasta llegar a la estación final, donde cavado en la roca y pocos metros debajo de la cúspide, se encuentra un confortable hotel, sus muebles y todos los utensilios son rústicos a la usanza del país, buena comida, cómodas camas, calefacción. De uno de los salones parte un corredor a cuyo final hay una gruesa puerta hecha de tablones de roble. El guía abre dicha puerta empujando la nieve de la parte exterior y nos encontramos con un plano de nieve dura, tan inclinado, que no era posible caminar por él... Con un hacha hace un corte horizontal y otro vertical, formando un camino, pone en nuestras manos sendos appestocs (varas provistas de púas y un disco de madera que impide el hundimiento y sirve de bastón a quienes lo emplean). El guía nos colocó en el lado seguro, mientras que él se encontraba al borde del precipicio nevado perpetuamente. Llegamos a la cumbre, el día era espléndido, el sol brillaba. El guía recomendaba movimientos lentos. Estábamos a 4,800 metros de altura. Un espléndido lunch acompañado de buena cerveza y después del regreso al pie de la montaña, regresamos a Interlaken por otro camino tan interesante como el que nos había conducido al Jung Frau. El regreso se hizo por el valle del Grindelwald. Región ganadera y en casi su totalidad poblado de típicos chalets de los campesinos del país, donde el viajero por módica pensión, encuentra todas las comodidades de la vivienda suiza.

Habíamos dejado atrás la Suiza francesa y estábamos en la parte alemana del país con el respectivo idioma, pero sin los caracteres rígidos de los prusianos. Atentos siempre al bienestar de los visitantes; se creó una junta de banqueros, comerciantes, etc., con el fin de facilitar manera que los touristas pudie-

ran pagar sus cuentas y realizar compras en la ciudad. Todos aquellos que tuvieran cartas de crédito contra bancos solventes en Europa, se les cargó una cantidad abonándola en cuenta a bancos cantonales y a la disposición del beneficiado, quien hacía sus pagos con checks, aceptados por comerciantes, hoteles, etc. Esta facilidad nos permitió hacer frente a todos los gastos no satisfechos, por la Agencia de Cook and Son. Continuamos nuestro viaje, deteniéndonos en la bella ciudad de Lucerna, en las márgenes del lago de Los Cuatro Cantones. Es mucho mayor que el de Ginebra. Las edificaciones difieren mucho de las que habíamos visto en otra región. Nuestra habitación del hotel tiene salida a un balcón bajo, junto a la orilla de uno de los canales que parten del lago. Canoas de remo, lanchas de motor, cisnes blancos y negros se mantienen activos sin interrupción. Los cisnes acuden donde se encuentran numerosas personas con la seguridad de que se les dará algún alimento. Estas aves pertenecen al pueblo y nadie osa molestarlos. La ciudad es limpia, ordenada, cortés y llena de atractivos a cual más interesante e instructivo... Ascensiones a los picos de Pilatus y Materhorn, museos, etc. Es digno de la mayor atención el llamado "Parque del León Yaxente", que describiré por estar emplazado en terrenos donde los hielos de la época glacial dejó huellas indubitables de lo que ocurrió en aquella lejana época.

El león yacente del Parque Glacial, está esculpido en la roca, es de enorme tamaño y fué dedicado a la guardia suiza que murió en París defendiendo a Luis XIV ó VI, no lo recuerdo, contra los ataques de la turba que pedían su muerte. Lo más curioso del parque son las numerosas huellas que dejaron los hielos sobre el suelo rocoso. Sobre la superficie lisa del suelo, pueden verse agujeros de forma circular. Millares de años atrás fueron asiento de una piedra que al impulso del hielo y las agua, les dieron movimiento giratorio. Estas piedras fueron socavando las rocas del suelo, hasta formar una cavidad de forma esférica, que se ensanchaban y profundizaban al mismo tiempo. La piedra al labrar el lecho se gastaba a la vez, reduciendo sus dimensiones y en la actualidad yacen en el fondo de la cavidad, que es reducida y muy ancha hacia la periferia del centro, semejante a un tinajón de muchos metros de diámetros y profundidad. En el museo arqueológico del parque se encuentran cráneos del

hombre Cromagnon y Naendertal y otros fósiles. El tourista paga un impuesto muy original. Sobre la mesa de los cuartos de hoteles de primera, todas las mañanas encuentra el huésped, un pequeño libreto por el que se le carga en cuenta la suma de diez centavos. Se consignan los espectáculos del día y los sitios de atracción de la ciudad, y a la vez, unos cupones que sirven de entrada a los portadores, a muchos lugares donde tendría que abonar un precio mayor que el importe de los diez centavos. En la ciudad de Lucerna, se conservan en perfecto estado, edificaciones de madera, puentes, etc., decorados con pinturas antiquísimas, restos de sus antiguas murallas, etc. Aun siendo tiempos de guerra, eran numerosos los pintores que con sus caballetes al aire libre, sacaban copias de obras que no pueden ser ejecutadas en tiempos actuales. Los suizos quieren la paz y se preparan para defender su territorio. Vemos las tropas alpinas en prácticas. Largas filas de uno en fondo, escalan las alturas, se destacan en el paisaje por su uniforme azul. Están provistos de todo lo necesario para moverse en tan accidentado suelo donde en corto radio, se encuentran profundas grietas y superficies cubiertas de nieve perpetuamente. Seguimos hacia la Suiza italiana donde se habla el idioma del país que le dió origen. En Suiza se hablan tres idiomas que se consideran oficiales; el francés, alemán, el italiano, y también se ha aceptado un dialecto que se habla en una pequeña región del país, aceptándolo como lengua oficial. El paisaje continúa siendo bello. Con el idioma también se notan algunas diferencias en las costumbres y edificaciones, sin embargo, el mismo agrado en el trato hacia los visitantes. Marchamos hacia la frontera italiana. En el consulado de los Estados Unidos, no nos pueden informar lo que en país vecino ocurría, únicamente, que en el momento, Italia no había entrado en la guerra y que los trenes pasaban libremente de la frontera suiza a la italiana. Nada temíamos y continuamos nuestro camino hacia Italia. Hicimos alto en Chiaso, última estación antes de entrar en el túnel de San Gotardo que atraviesa los Alpes fronterizos de Suiza e Italia. En dicho lugar encontramos hombres de todas partes del mundo buscando salida hacia sus respectivos países. El túnel del Gotardo, es obra grandiosa de Ingeniería. Si la cordillera fuera atravesada en sentido horizontal, su salida por el lado opuesto, quedaría a gran altura sobre la base de la cordillera. Para evitar este inconveniente; el

túnel penetra en el corazón de la montaña y a distancia conveniente, desciende en forma de caracol hasta un plano, donde en el exterior las carrileras encuentran estribaciones convenientes a su seguridad. El paso por el túnel es suficientemente largo para que los viajeros puedan tomar su lunch, y a la salida, contemplar a la luz del día, no sólo el imponente paisaje, sino también las obras de ingeniería encaminadas a la firmeza de la vía, que en ocasiones parecen suspendidas en el vacío. El suelo se hace menos escarpado. A distancia, contemplamos la llanura, no vistas durante largo tiempo. Plantaciones de castaños y moreras. Estábamos en tierra italiana, en camino hacia Milán. Para los que vivimos en los llanos próximos al mar, las montañas son atractivas sólo por corto tiempo; pronto sentimos la nostalgia de las aguas cambiantes de color y forma, sin más límite que el horizonte. Milano llaman los italianos, a la capital de la Lombardía. Bella ciudad, donde se encuentra lo arcaico y lo moderno, lo artístico y lo industrial; es famosa por muchos conceptos. Su teatro "Scala de Milano" ha sido el lugar donde se consagran los más famosos artistas del mundo que allí concurren en busca de nombre y contrato. He visitado un lugar frente a la plaza del Duomo, (catedral) un edificio dedicado a establecimiento de distintas índoles. En uno de los cafés, durante ciertas horas del día, se encuentran por centenares los artistas que allí concurren en busca de contrata, no sólo para la nación italiana, sino para todas las capitales del Mundo. Es una especie de bolsa de trabajo exclusivamente de artistas.

Frente a la misma plaza, se encuentra la Catedral, toda construída de mármol blanco de la mejor calidad. Son del mismo material los millares de imágenes, cada cual, una obra de arte. Es la segunda en tamaño de todas las catedrales del mundo; siendo la primera, la de San Pedro en Roma. En una cripta de la Catedral, se encuentra el sepulcro de San Carlos de Borromeo, cuyo cuerpo protegido por urna de cristal, puede verse embalsamado y en perfecto estado de conservación. En el cementerio de la ciudad, se encuentran por centenares, obras de arte en bronce y mármol, ejecutadas por famosos artistas de tiempos pasados o contemporáneos. Aunque el reino italiano no se había sumado a la guerra, se notaban ya los preparativos por el movimiento de sus tropas. Llamaron mi atención los "bersaglieri",

soldados de infantería de baja estatura y curiosos uniformes. Visitamos sus principales museos y lugares de interés. Con cierta premura, ya que teníamos prisa en llegar a España y tomar algún descanso en casas de familiares muy próximos que allí teníamos. Nuestro tren corre hacia el sur, conducen coches de tercera fuera de uso en los países de Europa central. Ello es necesario, debido al bajo nivel cultural de los pueblos del sur. En las estaciones y en todo lo que abarca nuestra vista, hay gran contraste con lo que habíamos dejado atrás; pordioseros, gente mal trajeada, organilleros con monos amaestrados, aparatos para conocer la moneda falsa, etc. En algunas estaciones tienen por mingitorio, una pieza de pizarra formando ángulo en la pared. Sin embargo, para nosotros, todo muy interesante por lo novedoso.

GENOVA.—Antiquísima ciudad, en su tiempo, capital de reino. Famosa por sus navegantes y hechos históricos. Ciudad de mármol que constituye el material de edificación, debido a las canteras próximas, fuente de material inagotable. Podemos considerar la ciudad como un hemiciclo formado por las cumbres que la rodean y el puerto en cuyos muelles y plazas, encontramos tipos y grupos, cuyas indumentarias y costumbres, persisten, como si los siglos no hubieran corrido. En nuestro hotel encontramos al señor Carlos Cetina, industrial que conocimos en México, quien con su familia pasaban verdaderos trabajos por falta de dinero, debido al cierre de los bancos. Vana pretención sería el describir lo que encierra la ciudad milenaria. Próximo a los muelles visito las calles más estrechas que en mi vida había visto, apenas sobrepasan los dos metros, las casas son de varios pisos; ropas tendidas de balcón a balcón, los vecinos charlan en alta voz, la suciedad es espantosa, vendedores ambulantes de baratijas; llama mi atención los melones y especialmente las sandías, vistas sólo en los Estados Unidos. Vivos cuadros de color local que de mi memoria nunca se han borrado. Marcado contraste se nota al visitar el centro de la ciudad con suntuosos palacios y establecimientos, donde llama la atención los mosaicos, camafeos, en piedra semipreciosa, conchas y coral. En estos últimos hay preciosidades, debido al color rosa de los ejemplares, algunos de los cuales no pudimos vencer la tentación de comprar. Me dirijo hacia una de las colinas que rodean la ciu-

dad donde se encuentra enclavado el cementerio que aún se le llama "Campo Santo". Los italianos son más ostentosos en estos lugares que los españoles y franceses. El cementerio a que me voy a referir, es uno de los más curiosos que he visitado. Los monumentos de mayor categoría, se encuentran en el patio de lo que llamaré claustros. Las tumbas son verdaderas obras de arte y los epitafios están en relación con el monumento y la grandeza de los que guardan sus restos. El segundo lugar se encuentra bajo los portales que forman el claustro, los que pueden rivalizar con los primeros, sólo que están adosados a las paredes de los corredores. Sigue en orden de clases, las galerías hechas por edificaciones de piedra. Los nichos no se construyen como es costumbre en España y sus colonias, en los cuales la lápida corresponde a un extremo del sarcófago.

Quedando por lo tanto el cadáver en su mayor parte, protegido por paredes que lo rodean. En los cementerios de Italia, por lo menos en el de Génova, los nichos están dispuestos en forma longitudinal a las paredes y por lo que pude deducir, la escavación, no es profunda. Los nichos de última categoría se encuentran en galerías hechas en el corazón de la roca, con escasos puntos de ventilación y luz. Al penetrar en estas galerías, se percibía olor nauseabundo y en algunos de los sepulcros, no faltaban las filtraciones productos del cadáver en descomposición. Huelgan los comentarios. En esta bellísima ciudad de Génova, vi numerosos mingitorios en las estaciones a nuestro paso; una placa de pizarra o mármol colocado en alguna esquina.

En el puerto se encontraban algunos vapores, los que cobrando precios fantásticos, ofrecían pasajes en literas improvisadas, cobrando altos precios y lo utilizaban aquéllos que tenían prisa en regresar a sus respectivos países. Nosotros no teníamos gran prisa y como habíamos abonado en Londres nuestros billetes de pasaje, esperamos algunos días con la seguridad de que sería restablecido el tránsito con Francia y siguiendo la línea de la Rivera, nos llevaría hasta la frontera franco-española. En tiempos normales, este trayecto hubiera tomado sólo doce horas o mayor tiempo, si se hicieran escalas en las ciudades intermedias, todas muy interesantes. Tomamos el primer tren sobrecargado de viajeros de todas nacionalidades. Las paradas eran interminables, lo que nos daba oportunidad para visitar luga-

res donde no nos hubiéramos detenido en condiciones normales. La estación fronteriza se llama Ventimiglis, hicimos parada con registro casi nominal de nuestros equipajes, que resultaba escaso, ya que el grueso había sido enviado a Barcelona desde París y allí lo encontramos depositados en la Agencia de la Casa Cook and Son. Hicimos parada en San Remo, Niza, Montecarlo, Tolón, etc. Al llegar a Marsella nos sentíamos cansados y decidimos permanecer en esa interesante ciudad, en espera de mejor servicio de trenes o embarcación que nos condujera hacia Barcelona. Los días allí pasados fueron muy provechosos. La antigua Ciudad llena de recuerdos de grandezas pasadas. Su principal puerto es artificial, construído de rompeolas de piedra y concreto. En las cercanías de la zona marítima, se encuentran calles estrechas, donde vive gente de todo el Mediterráneo, o mejor dicho, de las costas de este mar, que incluye razas de distintos orígenes, religiones, etc. Es además, una de las puertas de entrada hacia Europa, a hombres del cercano Oriente, Africa, Balkanes, etc. Por sus calles y grandes paseos, hemos visto hombres procedentes del desierto, usando sus típicos trajes, judíos de todas procedencias, el de piel morena y blanca y las judías de algunas regiones africanas donde su mayor belleza se considera, la gordura de su cuerpo. En nuestras andanzas por las cercanías del puerto, sin plan determinado, en una pequeña casa pude ver un letrero que decía: "Compañía de vapores españoles "Ibarra", en dicha oficina se nos informó que estaba próximo a salir el vapor "Cabo Peñas", que la embarcación no estaba dedicada al transporte de viajeros, pero que en vista del estado actual de cosas, los admitirían y darían el mejor trato posible, que podíamos visitarlo, puesto que estaba atracado al malecón número 11. Hacia dicho lugar encaminamos nuestros pasos. El mayordomo nos enseñó la cámara con algunas literas disponibles entre las mercancías almacenadas; lo encontramos muy confortables si se comparaban con lo que en otras partes habíamos visto y como la travesía sería sólo de doce horas, sacamos pasaje. Marsella estaba plagada de gente maleante, en el ómnibus del hotel fuimos al muelle; infinidad de hombres se posesionaron de nuestro equipaje y lo condujeron a bordo, a pesar de mis protestas. Sobre la cubierta cada cual exigía una cantidad, llegando hasta la amenaza. En eso se presenta un fornido marinero que con un cabo de gruesa cuerda embreada, emprendió a

golpes con aquella gentuza, diciéndome que las autoridades no intervendrían y que todos aquellos hombres no eran más que rufianes, que trataban de saquear a los que veían indefensos. Acomodados ya, y conocidos del capitán, empezamos a estudiar el abigarrado conjunto que formaban los viajeros. Soldados portugueses procedentes de Macao, una domadora de fieras con sus respectivos animales, un cargamento de aves y un conjunto abigarrado que formaban el pasaje de tercera clase. En lo que se consideraba primera, un señor chileno, quien dos días antes había depositado sus fondos en casa bancaria y no podía disponer de ellos. Un matrimonio uruguayo de gran cultura y nosotros; excelentes compañeros de viaje, quienes conocedores de la ciudad de Barcelona, nos recomendaron el hotel donde ellos se hospedarían, frente a la Rambla de las Flores. Gran parte del tiempo lo pasamos en el puente en compañía del Capitán, quien nos dijo que la travesía se haría más larga al seguir los contornos de la costa, evitándonos con ello, la gruesa mar que a veces presenta el golfo en la época en que viajábamos. Lo que perdimos en tiempo, fué compensado por el interés constante en lo que se presentaba ante nuestros ojos. Pequeñas poblaciones, granjas, chalets, en las alturas, playas en sucesión, hasta que la noche cubrió con su manto negro el panorama. Pasadas algunas horas, en el horizonte se contempla un resplandor semejante al de la aurora, es Barcelona, nos dice el Capitán. Pronto se distinguen las luces, semejantes a las estrellas; se hacen más numerosas, perfilando calles y paseos. Ruidos de cadenas, voces de mando u otras manifestaciones de un barco que llega de regreso a su punto de partida. Eran las once de la noche. Nuestros corazones palpitaban por la emoción, al vernos en tierra donde reinaba la paz y habríamos de encontrar seres queridos dejados de ver durante muchos años. Las autoridades españolas, siempre corteses, dieron las mayores facilidades a los viajeros; desembarque inmediato, sin más requisitos que un simulado registro de equipajes.

A nuestra llegada al hotel, encontramos numerosos amigos de La Habana, quienes mostraron vivo interés en conocer las peripecias de nuestro viaje, ofreciéndonos sus auxilios si fueran necesarios. El Paseo de la Rambla es algo parecido al Prado de esta Ciudad de La Habana, en cuanto a su forma, pero difiere

mucho en cuanto a lo que en él ocurre. En las horas de la mañana pueden verse sectores del mismo, unos dedicados a la venta de flores, pájaros etc., y en otros pueden verse grupos de hombres portando las herramientas de sus oficios, en espera de demanda para ejercitarlo, albañiles, cerrajeros, carpinteros, cargadores y cuantos menesteres sean necesarios en una ciudad. Visitamos la Ciudad, para nosotros algo rara, difiere en mucho de las poblaciones netamente españolas; no sólo por el carácter de sus edificaciones, sino también por el habla que sus habitantes emplean y sus actividades comerciales e industriales, muy semejantes a los franceses, especialmente los de la Provenza, que son los próximos vecinos. Nuestro interés aumentaba por momentos en nuestro paso hacia la administración de telégrafos, desde la cual me comunicaría con mi hermano residente en Tarragona, quien de nosotros nada sabía, a pesar de los numerosos telegramas que había enviado desde Suiza, Italia y Francia. Mi hermano, hijo de norteamericanos, nacido en Cuba, por azares de la vida, era comandante del cuerpo de Estado Mayor del ejército español, con residencia en la ciudad de Tarragona. Acudió a nuestro lado en la misma tarde y al día siguiente, partimos hacia la ciudad de su residencia. Antiquísima ciudad fundada por los romanos antes de que naciera Cristo. Siendo la más importante ciudad romana en la península Ibérica. La ciudad romana fué emplazada en lugar donde miles de años antes hubiera existido otra de no menos importancia; esto se deduce por edificaciones prehistóricas, entre las cuales se destacan las murallas llamadas Ciclópeas, formadas por enormes monolitos graníticos con entradas de cerramento plano y formado por un inmenso bloque de piedra, al decir cerrado, me refiero a la parte superior del hueco de la puerta. Sobre estas murallas de una altura aproximada de tres metros, levantaron los romanos la misma muralla, empleando el cerramento de arco propio de su cultura. Con anterioridad a la civilización romana, los arquitectos no emplearon el arco o medio punto en sus edificaciones. Sobre el remate de la muralla hecha de piedra, los "moros" le dieron mayor altura, empleando el "adobe" como material de construcción. Visité los túneles que en otros tiempos fueron el lugar por donde se sacaban los despojos de fieras y hombres que combatían en el Circo. En la actualidad, estas galerías se encuentran sirviendo de cuevas para depósito de vinos y cereales. Con los restos de

columnas, capiteles, frisos, etc., podría reconstruirse gran parte del Circo. En las escavaciones practicadas en la ciudad, se han encontrado mosaicos, esculturas, vasos y otros objetos, con los cuales se ha formado un museo románico de gran importancia, enriquecido con valiosas piezas durante nuestra estancia en la ciudad. Siendo mi tio político, el General Palanca, Jefe Militar de la región, encontré todo género de facilidades para satisfacer nuestra curiosidad.

Fué para nosotros un gran placer el encontrarnos con nuestros primos, quienes abandonaron el país al obtener Cuba su independencia de España. Nos despedíamos con pesar y acompañado de mi hermano, partimos hacia Asturias, donde habríamos de reunirnos con personas no menos queridas que las que dejábamos en Tarragona.

El pesado tren nos conduce sobre las más curiosas formaciones geológicas. Una planicie que se pierde en el horizonte, a intervalos se notan montículos en forma de conos truncados a la misma altura. Mi hermano me dice que en otros tiempos, el actual terreno constituía el fondo de un lago. Tierra de color ocre, desprovisto de árboles; a distancia, pequeños pueblos cuyas casas, tejados y viejos olivos, se confundían por su color, con el terreno del emplazamiento. Lérida, ciudad muchas veces centenaria. Se destaca su catedral y fortaleza a la vez. Atraviesa la población, un río cuyo lecho casi seco y sus cantos rodados, indica lo torrentoso de sus aguas en ciertas épocas del año. Así son los ríos que desembocan en el mar Mediterráneo. Dejamos atrás la región catalana. Entramos en Aragón: el paisaje cambia tanto como el habla y traje de sus campesinos. Aun se encontraba el tipo del "baturro" con sus calzones cortos, ancha faja y pañuelo formando una especie de turbante. Al atardecer llegábamos a Zaragoza, importante ciudad, por su arquitectura, historia y en el orden religioso es la Meca de los aragoneses que acuden en oración al templo de Nuestra Señora del Pilar, cuya imagen llaman "La Pilarica". No puedo extenderme en detalles sobre la mencionada ciudad. Gente llana y franca; para dar una idea de lo que ocurre, bastará decir que fué el único lugar visitado, donde dí una propina a un sirviente del hotel y fué rechazada por estar estos gastos incluídos en la cuenta abonada. Entramos en La Rioja: en las numerosas granjas llama nuestra

atención que una de las fachadas de las casas aparecía pintada de rojo; era sencillamente que estaban cubiertas de ristras de pimientos maduros expuestos al sol, los que después de secos, son molidos y convertidos en "pimentón", condimento muy apreciado por los descendientes, establecidos en América. Con velocidad nos acercamos a las provincias vascongadas. Trasbordadores aéreos conducen minerales a los altos hornos. En las estaciones, hombres robustos, limpios, con boina y faja roja, hablan distinto idioma; hombres y mujeres se distinguen por sus facciones regulares y gestos indicadores de recio carácter. La población se hace densa, nos acercamos al importante puerto de Bilbao, centro industrial, el comercio es activísimo. En sus habitantes se nota la influencia del movimiento marítimo, modificando en algo las costumbres de la población, por lo menos, en las actividades públicas.

Deseosos de llegar a nuestra casa en Asturias, partimos sin demora de Bilbao, siguiendo la costa Cantábrica, llegamos a Santander; bella y culta ciudad castellana. Se destaca el Palacio de la Magdalena, residencia Real, comercio refinado, cortesía extrema de sus habitantes, hermosa playa, elegantes jardines, paseos y cómodos hoteles, la ciudad consta de parte baja, donde se encuentran establecimientos y hoteles. En lo alto, grandes residencias y una de las alamedas más bellas que he visto. En las lejanías hacia el sur, las altas sierras de los Pirineos, nevadas ya sus cumbres. Nuestro hotel tiene un frente a la Calle de la Blanca, ocupado por el comercio de lujo, destruido por un incendio en años posteriores. Otro frente corresponde a uno de los mejores paseos de la ciudad. En dicho hotel nada falta para satisfacer los gustos del hombre más exigente. Continuamos viaje en tren de vía estrecha. Hacia la derecha, las costas, a veces acantiladas o formando playas, hacia la izquierda, la cordillera de los Pirineos a bastante distancia, aproximándose a nosotros según avanzaba el convoy. A nuestra vista, los dos grandes espectáculos que la Naturaleza nos brinda; la montaña y el mar. Rivadesella, en la desembocadura de un amplio rio. Montañas a ambos lados; detrás del abra, por donde sale el río, hay una bellísima playa. El centro de la vieja ciudad en una reducida planicie, el terreno asciende formando los arrabales con vivienda para el pueblo pobre. A mayores alturas, fincas,

granjas y residencias modernas. Al partir de Rivadesella, el tren siempre corre entre montañas más o menos lejanas. En ocasiones sólo hay espacio para el río, la carretera y las carrileras del tren que nos conduce.

Nos alejamos de la costa, los valles se hacen más amplios. Llanes, Infiesto y otros nombres familiares, que más tarde habría de visitar con detenimiento. A pocos kilómetros de Infiesto, entramos en un extenso valle limitado al norte y sur por altas montañas a dos o tres kilómetros de distancia; mi mujer emocionada, señala caseríos y fincas visitados en su niñez. En lo más alto de un cerro, señala su casa, dejada diez años antes. En la pequeña estación edificada de piedra, podemos ver un nombre que lee: Ceceda. Numerosos amigos y familiares nos esperan. Un extraño carro del país, conduce nuestro voluminoso equipaje, mientras nosotros subimos a pie la empinada cuesta tortuosa que nos conduce frente a la explanada de un antiguo caserón en cuyo interior se contaba con todas las comodidades de la moderna vivienda. A pesar de todas las descripciones que se me habían hecho, no había formado juicio de lo que era una aldea española y especialmente en Asturias, donde se encuentran reunidos los artefactos más antiguos para la labranza y pequeñas industrias, como lo más moderno traído, por los emigrantes que regresan ricos de América y otras partes del mundo. Nuestra casa en el pico del cerro y otras más, hasta la aldea situada más abajo, tienen agua traídas de la montaña, sin costo alguno para el consumidor, gracias a la generosidad de un médico llamado Roel quien legó fondos para la construcción y conservación del acueducto. Nuestra casa emplazada en cortes de la roca de distintos niveles asentada en lugar destacado. Tapias cubiertas de madreselva, perales y manzanos, en el jardín, bellísimas flores. Desde el huerto contemplamos abigarrada aldea donde cada cual colocó su casa donde pudo hacerlo, teniendo en cuenta lo accidentado del suelo. Desde la galería situada al frente, contemplamos el fondo del valle por donde pasa un río, la carretera y las paralelas del ferrocarril. Todo lo que abarca la vista a nuestro derredor, pequeñas casas con sus arbolados pican el campo desde las cumbres hasta el fondo del valle donde se encuentran pequeños prados que producen el heno, cuidadosamente guardado en pajares y a la intemperie en forma especial. Pronto nos acomodamos a los usos del país. Calzados con

madreñas, zapatos hechos de madera, con tres tacones rematados con clavos de hierro que impiden el resbalar en terreno pedregoso e irregular. Con ellos, recorrimos los campos y laderas del monte, llamando la atención de los paisanos y ganando su voluntad. Los Domingos a la hora de misa, donde acudía el pueblo entero, se confundían en el interior del modesto templo, los forasteros con sus elegantes trajes parisienses y los aldeanos de traje tradicional. En el lugar no se conocía la miseria de sus residentes y fincas cercanas, en número de doscientos, no llegaban a media docena los que carecían de alguna propiedad. Conocí a una mujer ciega totalmente, joven aún, quien sin bastón ni guía, andaba por todas partes, sorteando peligros, llegaba con facilidad al lugar deseado, sin que jamás se hubiera despeñado por numerosos lugares desprovistos de pretil. En su casa reinaba el orden más completo. Ella preparaba sus alimentos sin auxilio de persona extraña. También conocí a otro ciego que había estado en La Habana, sus ojos claros y azules, no denotaban lesión alguna, siempre jovial, siempre satisfecho, también andaba libremente por el pueblo y lugares vecinos, sin dificultad alguna. Este ciego conocido por el nombre de Quilo, heredó una fortuna de un hermano residente en la Argentina.

Describiré solamente en detalles, la parte del lugar donde teníamos nuestra casa. El pico de la montaña está rematado por una arboleda de añosos robles, encinos y fresnos; entre los árboles hay un sitio plano y en el lugar, una bolera donde los mozos del pueblo, desde tiempo inmemorial, acuden a jugar este deporte favorito de agilidad, lo que constituye un derecho que los dueños del predio no pueden oponerse. Aquí empezamos a notar las curiosidades de algunas leyes que están basadas en la costumbre y que se respeta sin que haya documento alguno que lo justifique. El terreno donde se encuentra la arboleda, pertenece al Loto, propiedad de Don Adolfo, así como los árboles que lo pueblan, con la excepción de un castaño de Indias, que pertenece a Doña Blanca, según sentencia del pedaneo, que en información pública y atestiguado por el vecino más viejo de la localidad, aseguró que dicho castaño lo había sembrado Don Ulpiano de la Fuente, hermano de Don Gerardo de los mismos apellidos, de quien era viuda Doña Blanca Foyo. El vecino que atestiguó el hecho, contaba noventa y seis años de edad. Las

casas de Don Adolfo y Doña Blanca, están situadas en el mismo plano horizontal, y se comunican por una explanada.

Las propiedades mencionadas tienen una gran ventaja, sobre las del resto del poblado; y es que por ser las últimas del núcleo, no sirven de paso a lugar alguno, librándose sus moradores, de las molestias consiguientes y de las comadres desocupadas, y siempre en acecho de la vida de los demás, provocan las murmuraciones tan propias de los pueblos pequeños. Horreos: En ningún lugar de Asturias, he contado tal número de estas curiosas estructuras de madera, únicas en todo el mundo. Su nombre derivado de la palabra "orriur" que en latín significa granero; nos indica que ya se empleaban como tal, en tiempos de los romanos, la estrechez de sus dimensiones, también comprueban que en aquella época, la propiedad rural estaba considerablemente subdividida, por exigencias del terreno. Los horreos construídos en Ceceda, son de tipo clásico, no puedo asegurar si esto se debe a la época de su construcción, o al apego de sus habitantes a las costumbres arcaicas. Los dibujos geométricos en las puertas y la ausencia de clavos, sustituídos por tacos de madera dura, indican que su recinto ha guardado las cosechas de muchas generaciones de los actuales propietarios. Una curiosa costumbre, a la salida de la última misa del domingo, es la subasta de aquellas ofrendas en especies. Estas ofrendas son hechas en cumplimiento de votos especiales o como donativos en sustitución de dinero efectivo. Por lo general consisten en aves, quesos, mantequilla y maíz. A este último voy a referirme, por ser presentado en forma especial y típica del lugar "en una maniega" (está muy llana), cuyo interior va cubierto por un lienzo rematado por encajes, van colocadas en orden, las mejores mazorcas de maíz de la cosecha. El conjunto es hermoso, simboliza la Fé del donante, el producto de la tierra y labor amorosa de las manos de la mujer. Se adjudica la ofrenda al mejor postor. Durante la Misa, el sacerdote pregona el extravío de animales, para que sean entregados a sus dueños, lo que siempre se realiza. Las reses no quieren más título de propiedad que la posesión de los mismos, y las ventas se hacen sólo de palabra, lo que significa tanto como una escritura.

Como es natural en un valle limitado por cordilleras de distintas alturas, los manantiales, ríos y cañadas son abundantes hacia el sur del pueblo, corre un caudaloso río; por el Norte, otro

que afluye al primero; los manantiales brotan por centenares formando cañadas tortuosas. Del cauce principal del río, se derivan canales o acequías toscamente construídas, cuyas corrientes mueven molinos primitivos empleados para moler trigo y maíz, más tarde se emplearon turbinas perfeccionadas, aplicando su fuerza a dínamos que proporcionan luz y fuerzas en los hogares de los paisanos más humildes. Estas derivaciones del río, constituyen servidumbre y son propiedad de familias de las que no pueden ser privadas, sino en caso de utilidad pública y previa indemnización. He visto manantiales tan caudalosos, que, uno sólo bastaría para surtir de agua a una población de relativa importancia.

Arboles maderables. En Asturias, por incuria del Gobierno e ignorancia de sus habitantes, han desaparecido por completo los bosques que poblaron las faldas de sus montañas, en los que sólo crecen helechos que sirven de abono y cama para los animales en las cuadras. Pocos ejemplares quedan de los pinos, robles, encinos, fresnos y otras especies. Entre los árboles más preciados, se encuentra el castaño, cuyo fruto se considera como uno de los mejores alimentos. Recién cosechado y después de cocido, se ingiere con leche, forma que los asturianos gustan mucho. Lo que resultare sobrante, se someten a un proceso de ahumado y desecación, por el cual pueden ser conservadas por largo tiempo y preparadas en forma de potajes. Las castañas así conservadas, se les dá el nombre de "mayucas". Si el fruto del castaño tiene alto valor alimenticio, no es menos valioso su preciosa madera. En las antiguas casas se empleaban como vigas, soleras y pisos formados por anchos tablones, pulidos como espejos y en muchos lugares ostentan figuras geométricas teñidas con anilina, que dan el aspecto de una bella alfombra; en esta forma estaban dispuestos los de nuestra casa. La Capital de la provincia, dista sólo 34 kilómetros del lugar de nuestra residencia, por carretera o ferrocarril.

OVIEDO.—Ciudad como de cuarenta mil habitantes, la mayoría de sus edificios son buenos y modernos, otros datan del tiempo cuando aún no se había descubierto nuestro continente, unos se destacaban por su arquitectura y otros por su valor histórico, especialmente la catedral y la universidad. El más alto grado de refinamiento se encuentra en sus establecimientos de

todas clases, donde se encuentran no sólo lo que significa lujo, sino también aparatos científicos de la época. Los ovetenses son conservadores, corteses en alto grado. Contrastan estos refinamientos, como en otras ciudades de España, la diferencia notable entre las clases sociales. En el empedrado de sus calles, se escucha el ruido que produce el calzado de madreñas hechas de madera y de corriente uso por la gente del pueblo, cuyo mercado se encuentra en uno de los portales de la plaza de la catedral. Al mencionar este templo, recuerdo que tiene su puerta principal, construída de roble y su talla en alto relieve, es una de las más bellas que he visto en los centenares de templos visitados por nosotros. Gijón, principal puerto de Asturias, el antiguo puerto o rada sólo admite barcos de poco calado, el nuevo, llamado "El Musel", es artificial, formado por un inmenso rompeolas. Ciudad progresista que se convierte en industrial. En sus habitantes se nota la influencia del movimiento marítimo. La costumbre de sus habitantes, no son tan clásicas como las de la capital, a pesar de que es corta la distancia que les separa. Muy próximo a Gijón y siguiendo por ferrocarril eléctrico la línea de la costa, nos encontramos en Avilés, carente de puerto, pero de importancia, tanto en lo marítimo como por el número de vecinos acomodados que en el lugar viven. El cubano bien educado que viaje por España y especialmente, por Asturias, debe de sentirse orgulloso por la acogida que en todas partes les dispensan ya, que aquellos que no hayan estado en Cuba, tienen en la Isla, algún pariente o amigo, por quienes se interesan. Seguimos visitando lo más importante de esta región, llevando de cada lugar, gratos recuerdos. Cuando las nieves del invierno coronaban ya las cumbres y laderas de los montes, dejamos con pena a Asturias para continuar a Galicia, pasando por León en la meseta central de España.

En pesado tren partimos de Oviedo; el convoy marcha en terreno llano, escasos kilómetros asciende en línea recta las faldas de los montes hasta que el declive le obliga a serpentear en largas curvas, viendo unos metros más abajo, las paralelas que habíamos dejado atrás. La marcha es lenta a pesar de que el tren lleva dos locomotoras; una a la cabeza y otra a la cola. Una profunda y ancha hondonada se salva por un largo puente de acero, conocido con el nombre de "puente de los fierros" al cual

sigue un largo túnel llamado de la "Perruca", cuya longitud es de kilómetro y medio. La atmósfera se hace irrespirable por el humo y carbonilla del mal combustible empleado. El tiempo parece interminable. Al fin se siente el aire fresco de la altura. Hemos dejado atrás el famoso Puerto Pajares, o sea un estrecho espacio entre dos altas montañas. Más abajo hemos dejado las brumas y lloviznas de Asturias y nos encontramos con al temperatura fresca y aire seco de la meseta central de la península española. León, antigua capital de un reino que dominó casi el mundo conocido. Contiene edificios notables: su catedral construída de piedra caliza blanca, es modelo de la arquitectura española. Otro edificio del mejor estilo plateresco español, convertido en cuartel, se destaca por los medallones esculpidos en su fachada y sus techos artesonados, se consideran como uno de los mejores de la nación. El Panteón de los Reyes, cuyos sepulcros fueron profanados por los franceses y sus tesoros saqueados por los mismos, conserva aún su grandeza y traen a nuestro recuerdo, hechos históricos. Los restos de las murallas que aún se conservan, difieren en mucho de los que hemos visto en otras regiones. El resto de las edificaciones vistas desde el alto de la catedral, son sólo de una planta y sus techos de teja roja, según costumbre en las ciudades españolas y los pueblos que fundaron en América y Oceanía. Visitamos la ciudad con detenimiento, encontrando algunos amigos. El mejor hotel, no podía considerarse bueno, con excepción de las comidas, variadas, abundantes y de la mejor calidad. En años posteriores, encontramos un hotel de primera clase, con todos los adelantos y las comidas tan buenas, como son por lo general en el más humilde hotel o fonda como allí los llaman. Continuamos viaje hacia Galicia, pasando por Astorga. Cambia de nuevo el paisaje, trajes, alimentos, y habla de sus habitantes; seguimos el curso de un río cuyas márgenes son de pizarra así como las viviendas de la región. Las aguas del río en siglos pasados, conducían arenas de oro que los romanos aprovechaban desviando su curso en algunos lugares. Monforte, antigua ciudad donde se destaca un viejo castillo de la época medioeval, cuyos archivos guardan documentos donde se relatan hechos horripilantes tan propios de aquellos tiempos. Llama mi atención el hecho de que la mayoría de las casas tienen un lado de sus paredes cubiertas por tejas o láminas de pizarra. Me dice mi hermano, conocedor del país,

que ello es necesario porque durante el invierno, las lluvias y vientos del nordeste, son tan persistentes, que la humedad llega a filtrarse al través de muros de cerca de un metro de espesor. Visitamos el puerto de El Ferrol, que se encuentra al fondo de una ría de gran longitud. Pintorescos pueblos se ven en las colinas que rodean el puerto, visto desde el chalet de mi hermano Daniel, en la ribera opuesta donde habíamos de pasar larga temporada.

En El Ferrol se encuentran los astilleros de una compañía anglo-española, donde se construyen barcos de gran calado. Mi hermano fué Jefe de Estado Mayor, adscrito a las oficinas militares de este importante puerto; sin que importara su condición de cubano-americano.

La Coruña: antiguo puerto, muy inferior a los de El Ferrol y Vigo, en cuanto a su calado y protección contra los vientos. Puede decirse que es puerto artificial. Dentro de la bahía, en una peña, existe una antigua fortaleza. Llama la atención las cristaleras que protejen el frente de las casas durante el crudo invierno. Gran parte del litoral, ha sido ganado al mar por medio de rellenos y malecones construídos de cantería. Desde gran distancia se divisa el faro, llamado "Torre de Hércules", enorme torre cuadrangular, construído de granito negro, en cuyo final se ha emplazado lo que centenares de años atrás, era el faro romano. Se asciende a la torre por medio de rampa de poca inclinación en lugar de las escaleras empleadas por lo general. Otro lugar de interés para el viajero, es el cementerio inglés, donde reposan los restos de un general y soldados británicos que perdieron la vida en un combate contra los franceses que apoyaban a José Bonaparte, quien durante algún tiempo, ocupó el trono de España. Para el tourista de América, la parte de la ciudad, relativamente nueva, no ofrece gran interés, en cambio el sector antiguo, tanto por sus edificaciones, como por lo nombres de sus calles, recuerda tiempo en que la población judía, estaba relegada a un sector de las poblaciones. La calle de "La Sinagoga", nos dice a las claras, que en ella se encontraba un templo hebreo, sin que éste exista, ni se recuerde el lugar del emplazamiento. He visto en la ciudad de Toledo, un templo cristiano que en su tiempo fué sinagoga, conservando su forma original, con sólo ligeras modificaciones.

En el mes de Noviembre del año 1914, la primera Guerra Mundial se encontraba en plena marcha; las comunicaciones marítimas eran difíciles; el crudo clima invernal de Galicia se hacía sentir; las lluvias granizo y vientos tempestuosos, eran frecuentes. Tuvimos que tomar pasaje de regreso a Cuba, en un viejo trasatlántico francés. Abordamos la nave en noche tempestuosa, haciéndose difícil el trasbordo. Los riesgos de la travesía no afectaba nuestro ánimo y al parecer así sucedía con el resto del pasaje y tripulante del vapor. Tan pronto nos alejamos de las densas nieblas y fuerte oleaje de las costas españolas, la vida a bordo se hizo normal, sin pensar por un momento los riesgos a que estábamos expuestos. Nos acercamos tanto a las islas Azores, que podíamos distinguir por medio de los binoculares, las gentes discurriendo por calles y paseos. Después de corto tiempo, las altas montañas que forman el archipiélago se perdían en el horizonte. El barco estaba lleno de pasaje en toda su capacidad. Fiestas y comidas, bailes diarios en primera clase. Desde la cubierta nos entreteníamos viendo como los viajeros de tercera, también disfrutaban en la misma forma, suplantando el piano y orquesta, por un modesto acordeón. En favor de estos humildes viajeros, se organizó una fiesta teatral, dirigida por la conocida actriz española, María Conesa. Por los viajeros de primera clase, se improvisó una pequeña revista festiva, ilustrada con fotografías tomadas a bordo por mí y escritos hechos por viajeros mexicanos distinguidos, quienes regresaban de Europa, por haber sido derrocado el gobierno a quien ellos representaban. Catorce días después de nuestra partida, en una mañana de luz diáfana, divisamos las costas de Cuba, teniendo presente aún, en nuestra memoria, el plomizo aspecto del cielo en las regiones gallegas. Nos sentimos contentos al ver de nuevo las ramas verdes de los árboles, las flores, los trajes ligeros de nuestras mujeres; amigos, familiares, gentes del pueblo humildes y afectuosos. Un coche de punto de aquellos tiempos, nos condujo a nuestra casa, donde encontramos a nuestros sirvientes sorprendidos, ya que no sabían de nosotros hacía mucho tiempo, por motivo de la guerra mundial. En el año 1918 emprendimos otro viaje hacia Guatemala, donde nos encontrábamos el día de la firma del armisticio que puso fin a la guerra que vimos iniciar en Europa en el 1914.